

¿Somos fantoches?

Hugo Estrada
limana@hotmail.com

En la obra de teatro Los Fantoches, del guatemalteco Carlos Solórzano, se representa a Dios como un anciano sordo, mudo y ciego. Es cierto que los autores de teatro buscan trucos para impresionar, pero también es cierto que para muchas personas Dios está ciego, mudo y sordo. Lo sienten lejano, lo imaginan desentendido de lo que les sucede a ellos. El profeta Habacuc, unos 600 años antes de Cristo, un día, al ver que la injusticia y la violencia tenían pase libre, y que a pesar de sus oraciones todo continuaba lo mismo, llegó a decir: “Señor, ¿hasta cuándo gritaré pidiendo ayuda sin que tú me escuches?” (Hab. 1,2).

Y esta oración rebelde la sentimos muy familiar porque seguramente ha desbordado en algunas oportunidades nuestro corazón atribulado. Ante tragedias familiares, ante crisis de nuestra vida, de pronto sentimos que le estamos pidiendo cuentas a Dios, como haciéndole ver que se ha escondido de nosotros, como que ha desaparecido. Lo regañamos para despertarlo, como los apóstoles en la tormenta.

La respuesta

Lo interesante y muy digno de notar es la respuesta que el Señor le da al profeta: “Espera, aunque parezca tardar, pues llegará el momento preciso... El justo vive por su fe” (Hab. 2, 3-4).

Nosotros nos parecemos a los árbitros, siempre viendo el reloj, llevando el tiempo a Dios; pero se nos pasa por alto que Dios no tiene reloj. Su calendario no equivale al



nuestro: para El sólo existe la eternidad. Y es por eso que nos mostramos impacientes. Mucha gente está “peleada” con Dios porque no se ha acomodado a sus planes —a sus caprichos— y les sucede como a los niños caprichosos que rehúsan el pedazo de pastel que la mamá les ofrece y se van a acostar con ganas de comérselo y durante la noche sueñan con ese delicioso pedazo de pastel. Lo cierto es que Dios no tiene reloj, pero sí ha elaborado un maravilloso plan de amor para cada uno de sus hi-

jos, y ese plan de amor no se cumplirá ni un minuto antes ni un minuto después de lo establecido. Fe es precisamente eso: confiar en que el plan de Dios se cumplirá a su debido tiempo. Fe es no insistir en cronometrar a Dios.

Cuando la Biblia habla del “hombre justo que vive por su fe”, no entiende a un hombre conformista que espera con los brazos cruzados que Dios lo haga todo. El hombre justo es aquel que ha llegado a confiar tanto en Dios que

comienza a sentir en él la fuerza del Señor y se siente poderoso. Por eso se vuelve un hombre dinámico, emprendedor y luchador para llevar la luz en medio de las tinieblas y para renovar lo que necesita ser cambiado. Los santos fueron los justos que dejaron su huella de dinamismo en el mundo. Santa Teresa, en su afán de renovar lo caduco de su orden religiosa, fue llevada a los tribunales; la encarcelaron, pero no pudieron doblegarla. Sin resentimiento y con un volcán de fe dentro de su corazón, escribió aquellos versos que son todo un programa de fe:

Aumenta nuestra fe

Los apóstoles un día se dieron cuenta de que su fe era diminuta; por eso se le acercaron y le dijeron: “Señor, aumenta nuestra fe”. Jesús también les aseguró que, cuando tuvieran fe aunque fuera como un granito de mostaza, iban a mover montañas. Nuestra fe es tan insignificante –más pequeña que un granito de mostaza- que no logra ni siquiera quitarnos un dolor de muelas. Nuestra oración diaria debería ser “Señor, aumenta mi fe”.



“Nada te turbe, nada te espante; Dios no pasa; Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, todo le sobra; sólo Dios basta”.

Y así es; el santo no anda turbado ni espantado porque, desde lo profundo de su ser, él sabe que “Dios no se muda”; que tiene un plan amoroso que no cambia con los vientos de las estaciones; y por eso mismo con su “paciencia” – que es fe profunda- “todo lo alcanza”, llega a ser uno de los individuos más comprometidos y renovadores de su época.

La fe es un regalo gratis que el Señor nos da. No se puede conseguir a base de esfuerzo personal. La fe es como una semilla que el Señor siembra en nosotros; la semilla se vuelve arbolito, pero ese arbolito se puede secar... puede echarse a perder. Por eso debe ser cuidado contra las plagas que intentan atacarlo; estas plagas son las filosofías y criterios del mundo que van contra los criterios de Jesús en el Evangelio; hay que saber discernir, cortar a tiempo las malas hierbas. El arbolito también debe ser regado continuamente con el agua de la Palabra de Dios, allí está bien trazado el plan del Señor para nosotros. Hay que acercarse para esculdirar diariamente el plan que

Dios tiene para cada uno de nosotros.

La fe es un regalo difícil en nuestra mano. Es algo que debe estar renovando continuamente, porque cada mañana es distinta y un atardecer no se parece a otro. La fe no es un cúmulo de conocimientos teológicos; hay teólogos que no tienen fe, y hay carpinteros que saben mucho de Dios. Fe es hacerse como niño en las manos de Dios. El niño nunca teme que su papá lo lleve a un barranco o que lo meta en las fauces del lobo. El niño sonríe y confía. A los que no somos niños en las manos del Señor, nos cuesta sonreír...

Dos cuadros

Pienso que hay un cuadro que ha hecho bastante mal a muchas personas. Es un cuadro en el que se representa a Dios en un gran sillón entre las nubes. Para muchos, eso es Dios: un señor egoísta, olvidado de los hombres y mujeres. Acuden a El como a un funcionario público: con temor, con miedo de que diga que no. Lo contrario de lo que indica la Biblia: a Dios hay que acudir con la confianza e ilusión con que el hijo acude a su papá.

En cambio, me parece muy acertado el cuadro de otro pintor que nos representa a Dios en lo alto de una montaña. El simbolismo es el siguiente: nosotros allá abajo sólo podemos ver, a la vez, o el río o el lago o un pedazo de paisaje. Dios desde lo alto de la montaña ve el panorama completo: el río, el lago, la montaña. Cuando se llega a tener esa confianza en la sabiduría de Dios, entonces ya no nos consideramos como fantoches en manos de un Padre bueno y sabio que desde antes que naciéramos pensó en cada uno de nosotros... y como dice el salmo 23: “nos guía por el sendero recto, haciendo honor a su nombre”.

